

Tafalla, ¿liberal o carlista? Por sus casas los conocerás

Jose Mari Esparza Zabalegui

(«La voz de la Merindad», núm. 523 - octubre de 2024)

Las guerras carlistas en el territorio vasconavarro ¿fueron una reacción absolutista, reaccionaria y clerical contra la revolución liberal, progresista y emancipadora, o fueron sublevaciones populares en defensa de sus antiguas libertades nacionales y sociales frente a un capitalismo emergente, centralista y acaparador? Digan lo que digan, el carlismo vasconavarro fue un enorme movimiento de masas, opuesto al capitalismo naciente en el siglo XIX. Y opuesto en sus dos vertientes principales: contra la acaparación económica de las élites (apropiación de los comunales, control de las fronteras, nuevos impuestos) y contra la centralización del estado mediante la abolición foral, con la imposición de las quintas como la consecuencia más impopular e ignominiosa.

Según el discurso liberal y “progresista” español, los vasconavarros, reaccionarios y obtusos, debían admitir las ventajas del servicio militar, seis años en Ultramar, algo desconocido hasta entonces. Debían aplaudir las nuevas contribuciones, estancar la sal y el tabaco, introducir el papel sellado. Debían pagar más por los alimentos, vestidos, a causa del traslado de las aduanas. Debían entender que para dejar de ser siervos tenían que vender sus comunales, sus pastos, helechales y tierras de pan traer; vender los molinos harineros y batanes comunales, donde se pagaba en especie; suprimir los rebaños y las tablas concejiles, donde el municipio venía la carne o el aceite de ballena; renunciar a la extracción gratuita del hierro, de la cal, el agua, la piedra, el esparto, los helechos, la caza, la leña... Convertir a comunidades dueñas de sus tierras y montes en señoríos privados, al estilo de Andalucía y Castilla donde, según el nuevo credo liberal, lo “revolucionario” era la propiedad privada de los ricos, mientras lo comunal era una antigua “feudal” del viejo régimen.

Más allá de su palabrería idealista, los liberales fueron los grandes beneficiados de las guerras del siglo XIX, gracias sobre todo a la venta forzada de los comunales. Rico, liberal y ladrón se convirtieron en sinónimos para el campesinado y en consecuencia las guerras forales fueron también un enfrentamiento entre ricos y pobres. “La fuerza de riqueza de este suelo está por nosotros, la numérica y moral por los enemigos”, escribía Mencos, Barón de Bigüezal y liberal tafallés, al general en jefe del Ejército del Norte.

En Tafalla es sencillo comprobar cómo las guerras carlistas fueron también una lucha de clases. Basta con dar un paseo por sus calles y fijarse en sus mejores casas y palacios y ver que todas, sin excepción, fueron de familias liberales. Y otra característica: la mayor parte son de familias aristócratas, blasonadas, lo que muestra el falso “progresismo” de la revolución española, cuya nobleza, escarmentada con la guillotina francesa, hizo aquí el papel de “burguesía revolucionaria”, se puso el gorro frigio y se apuntó al nuevo sistema capitalista de acumulación.

Hagamos una visita guiada y lo comprobaremos.



TAFALLA ¿LIBERAL O CARLISTA?

Por sus casas los conocerás

Jose Mari Esparza Zabalegi

Las guerras carlistas en el territorio vasconavarro fueron una reacción absolutista, reaccionaria y clerical contra la revolución liberal, progresista y emancipadora, o fueron sublevaciones populares en defensa de sus antiguas libertades nacionales y sociales frente a un capitalismo emergente, centralista y acaparador? Digan lo que digan, el carlismo vasconavarro fue un enorme movimiento de masas, opuesto al capitalismo naciente en el siglo XIX. Y opuesto en sus dos vertientes principales: contra la acaparación económica de las élites (apropiación de los comunales, control de las fronteras, nuevos impuestos) y

contra la centralización del estado mediante la abolición foral, con la imposición de las quintas como la consecuencia más impopular e ignominiosa.

Según el discurso liberal y "progresista" español, los vasconavarros, reaccionarios y obtusos, debían admitir las ventajas del servicio militar, seis años en Ultramar, algo desconocido hasta entonces. Deben aplaudir las nuevas contribuciones, estancar la sal y el tabaco, introducir el papel sellado. Deben pagar más por los alimentos y vestidos, a causa del traslado de las aduanas. Deben entender que para dejar de ser siervos tenían que vender sus comunales, sus

pastos, helechales y tierras de pan traer; vender los molinos harineros y batanes comunales, donde se pagaba en especie; suprimir los rebaños y las tablas concejiles, donde el municipio vendía la carne o el aceite de ballena; renunciar a la extracción gratuita del hierro, de la cal, el agua, la piedra, el esparto, los helechos, la caza, la leña... Convertir a comunidades dueñas de sus tierras y montes en señoríos privados, al estilo de Andalucía y Castilla donde, según el nuevo credo liberal, lo "revolucionario" era la propiedad privada de los ricos, mientras lo communal era una antigüalla "feudal" del viejo régimen.

Más allá de su palabrería idealista, los liberales fueron los grandes beneficiados de las guerras del siglo XIX, gracias sobretodo a la venta forzada de los comunales. Rico, liberal y ladrón se convirtieron en sinónimos para el campesinado y en consecuencia las guerras forales fueron también un enfrentamiento entre ricos y pobres. "La fuerza de riqueza de este suelo está por nosotros, la numérica y moral por los enemigos", escribió Mencos, Barón de Biguezal y liberal tafallés, al general en jefe del Ejército del Norte.

En Tafalla es sencillo comprobar cómo las guerras carlistas fueron también una lucha de clases. Basta con dar un paseo por sus calles y fijarse en sus mejores casas y palacios y ver que todas, sin excepción, fueron de familias liberales. Y otra característica: la mayor parte son de familias aristócratas, blasonadas, lo que muestra el falso "progresismo" de la revolución española, cuya nobleza, escarmentada con la guillotina francesa, hizo aquí el papel de "burguesía revolucionaria", se puso el gorro frigio y se apuntó al nuevo sistema capitalista de acumulación.

Hagamos una visita guiada y lo comprobaremos.